

que refiere largamente el P. Simon de Vasconcelos en su *Vida*, lib. 7.º, capítulos V y VI, adonde pone por extenso algunas meditaciones devotas que compuso y usaba con grande usura de su alma para celebrar sus fiestas, y en particular la de su vocacion á la religion desde que salió de Lóndres hasta que fué recibido en ella, en que muestra la grande estima que tenia de este incomparable beneficio, que llamaba beneficio de beneficios, merced que encerraba innumerables mercedes, por la cual nunca cesaba de rendir gracias á Dios.

Ahora veamos algunas de las muchas que el Señor le hizo por medio de la oracion, á que fué tan agradecido que, para no olvidarlas, se hallaron escritas de su mano en unos apuntamientos suyos de que se pondrán algunos aquí.

## X

*Refiérense algunas Profecías de este siervo de Dios.*

La luz que recibió en la oracion fué más que ordinaria, como lo fué tambien su fervor, penitencia y familiaridad que alcanzó con nuestro Señor, el cual le reveló muchas cosas futuras, otras ocultas y ausentes, entre las cuales se cuenta la restauracion de los reinos de Angola, que estaban tiranizados cinco años habia de los holandeses, el de mil y seiscientos y cuarenta y ocho, en que los portugueses hicieron armada, aunque desigual en fuerzas á la de sus enemigos, para restaurarlos.

Fué nombrado por su General Salvador Correa de Sá y Benavides, persona de grandes prendas, el cual en llegando á la ciudad de Riojaneiro, adonde á la sazón estaba el P. Juan de Almeida, movido de la fama de su santidad, le pidió consejo para emprender la jornada, que á la prudencia humana parecia temeridad por estar el enemigo tan fortificado y superior. Y habiendo tomado el Padre tiempo para consultarlo con Dios, le respondió las palabras siguientes:

«Prepárese la armada con toda presteza, y sea de manera que á 12 de mayo esté fuera de la barra de esta ciudad, porque Dios le tiene preparado un felicísimo suceso; llegará á salvamento, alcanzará gloriosa victoria, restaurará los reinos de Angola en breve tiempo por medio de la Virgen nuestra Señora de la Asuncion y el Angel santo de la Guarda, á los cuales invocará en la empresa, y en tomando la ciudad y la fortaleza, levante un altar á San Miguel Arcángel, como á patron y protector de la guerra.»

Mucho gozo tuvo el general con tan alegre nueva, y dando las gracias al P. Rector del colegio, extrañó mucho la certeza con que prometió el P. Al-

meida la victoria señalando las circunstancias de ella, y, llamándole á parte, le dijo cómo se habia atrevido á dar tan ciertas esperanzas de cosa tan dudosa. A que respondió el siervo de Dios con la candidez de su conciencia: «Porque así me lo dijo Dios diciendo Misa, hablándome al corazon desde la hostia.» Y el suceso verificó la revelacion, porque todo sucedió como lo dijo.

Partiéndose el mismo general de allí á tres años á Lisboa, le profetizó el suceso de la navegacion, señalando el dia en que habia de desembarcar en la ciudad, que fué á veinte y uno de octubre, dia de Sta. Úrsula, como sucedió.

Tambien dijo al P. Antonio Rodriguez en el colegio de Riojaneiro el dia y hora en que alcanzaron la victoria en Angola, diciéndole que diese á Dios muchas gracias por ella, y tardándose el correo con la nueva, les aseguró que llegaria presto, señalando el dia, en el cual vino con ella con gozo universal de todos, en que no hay una profecía, sino muchas que califican la alteza de su espíritu.

Siendo mozo el dicho Salvador Correa de Sá y Benavides, y estando en S. Pablo perplejo si pasaria á Paraguay con una señora que iba por gobernadora de aquella tierra, le conoció los pensamientos, y sin preguntarle nada le dijo: «Vaya Vm. que no disgustará de ello su padre; el viaje será feliz, y tomará estado en esa tierra.» Y así fué, porque todo le sucedió bien y casó en Paraguay honradamente con aprobacion de su padre.

Estando el año de mil y seiscientos y cuarenta y siete cercada la Bahía por Segismundo, general de Holanda, armó nuestro Rector de Riojaneiro un navío con todo género de vituallas para socorrer á los nuestros cercados en la Bahía; señaló á un Hermano para que le llevase; la empresa era difícil por la muchedumbre de corsarios que surcaban los mares, pidió consejo al Padre Juan de Almeida, el cual dijo Misa, y, en acabándola, le abrazó diciendo: «Vaya, carísimo Hermano mio, que llegará sin riesgo y todo le sucederá como desea,» y así sucedió como el Padre se lo dijo, sacándole Dios victorioso de tantos enemigos.

Estando bien ocupado en Riojaneiro el H. Juan Oliveira, le vino orden del Provincial para que fuese luego al colegio de la Bahía y de allí á Pernambuco. Todo el colegio sintió esta mudanza por la falta que les habia de hacer, y querian proponerla al Superior para que se les dejase. El Hermano estaba dudoso en lo que habia de hacer, y por no errar consultó al P. Almeida, pidiéndole su parecer. El Padre lo encomendó á Dios, y en habiendo dicho Misa, le dió por escrito la respuesta siguiente: «Vaya, Hermano, á la Bahía, porque así lo quiere Dios, y yo le aseguro que tendrán buen viaje y feliz suceso los que fueren con él; no pasará á Pernambuco, sino que volverá presto

á este colegio.» El Hermano obedeció y tuvo feliz viaje, y volvió luego á Riojaneiro, cumpliéndose puntualmente la profecía del siervo de Dios.

El año de mil y seiscientos y cincuenta se preparó en la barra de Riojaneiro, por el mes de julio, una flota de veinte y cinco navíos para Lisboa; el cabo, que se llamaba Anton Temudo, se fué á despedir del P. Juan de Almeida y á pedirle que encomendase á Dios el buen suceso de su viaje; ofreció hacerlo y de darle el día siguiente la respuesta. Mas, como no viniese por ella y preparase su partida, tomó el P. Almeida su manteo y sombrero y su báculo, y muy encendido el rostro fué á pedir licencia al P. Provincial para ir á verse con Temudo, porque así importaba al servicio de Dios; el Superior, atendiendo á su mucha edad, que llegaba á ochenta años, y al riesgo en que se ponía, le dijo que le enviase con otro á decir lo que quería. El siervo de Dios respondió que no era cosa para hablarla por terceros, que importaba mucho que él mismo se viese con el general, y puso tan grande fuerza en esto, que el Provincial se rindió y se la dió, mas estaba tan adentro de la mar que no pudo alcanzarle; habló con el almirante, á quien alcanzó, y díjole que en todo caso no fuese derecho á Lisboa, sino á la Bahía primero, porque á no hacerlo así padecerían gran trabajo él y todos cuantos iban en la flota. El general no siguió el consejo del P. Almeida y perdió unas cartas que en la Bahía le esperaban de Lisboa, en que le daban aviso de las naves enemigas inglesas que le esperaban en la barra de Lisboa y órden de lo que había de hacer. Fué su camino derecho, y á vista de Lisboa le acometieron los enemigos; pelearon todo un día, derrotaronle quemando la Almiranta, tomaronle siete naves y derrotaron las demás, que con muchos muertos y heridos entraron en el puerto, y otras aportaron á Setubal con infeliz suceso, como el P. Almeida le había profetizado.

Un Hermano de aquel colegio de Riojaneiro tenía un sobrino, natural de la isla de la Madera, el cual trataba de comprar un navío para hacer viaje á la isla de los Santos: el Hermano pidió al P. Almeida que lo encomendase á Dios: hízolo el Padre, y, como se tardase en venir por la respuesta, encontrándole un día le dijo: No quisiera que vuestro sobrino se empeñase en hacer este viaje. «¡Oh Padre! replicó el Hermano, no me hubiera avisado V. R. ántes que ya compró el navío y sale por la barra á su viaje.» Oyendo esto el buen Padre mostró tristeza, y más el Hermano, temiendo algun mal suceso; pasaron tres meses, y estando el Hermano descuidado, le llamó el Padre con grande prisa y le dijo: «Vamos, Hermano, vamos luego delante del Santísimo Sacramento á encomendar á Dios á su sobrino que se halla en grande peligro.» Fueron los dos y estuvieron algun tiempo orando, y el Padre se levantó muy alegre y le abrazó diciendo: «Gracias á Dios que le ha

librado; sepa que, al entrar en el puerto, le acometieron unas naves holandesas; él se defendió valerosamente y vino un temporal que lo echó en arrecifes, y aunque la nave se abrió y él estuvo á peligro de ahogarse, porque no sabe nadar, el agua le arrojó á la playa, y salvó la vida, y recuperó buena parte de la hacienda: demos gracias á Dios por ello, que ha sido grande merced suya.» Y no fué menor revelarle al mismo Padre todo el suceso el mismo día á tan larga distancia.

Habiendo de partir la armada que dijimos á la restauracion de Angola, cayó enfermo el capitán Manuel Pacheco de Melo, que tenía á su cargo un galeon, y así por la enfermedad, como por disgustos que tenía con el general, se resolvió de volverse á Lisboa: trató esto muy en secreto con el P. Rector de nuestro colegio, el cual pidió al P. Almeida que lo encomendase á Dios, y el Padre respondió: «Desista el capitán de este intento, porque irá á Angola y tendrá muy buen suceso.» Quedó suspenso el Rector oyendo de boca del Padre tan aseveradamente cosa al parecer imposible, porque el capitán estaba muy enfermo y la flota en vísperas de partirse; pero presto se verificó la profecía, porque sanó casi milagrosamente, y se reconcilió con el general, y fué á Angola, y tuvo feliz suceso, como el P. Almeida lo había dicho.

Otro capitán de la ciudad de S. Pablo determinó hacer una entrada á la sierra, como solía, contra los indios foragidos: fué á convocar á los amigos á una aldea del P. Almeida estando ausente. Cuando lo supo el Padre le dijo que no la hiciese, porque tendría mal suceso, y á dos indios que le hablaron sobre ello les exhortó seriamente que desistiesen de la empresa, sino querían perder las vidas, pero unos y otros despreciaron el aviso del P. Almeida; pero por su mal, porque el capitán fué derrotado de los indios, y los dos referidos murieron en la refriega, y el buen Padre con lágrimas en los ojos avisó el mismo día que murieron muchas leguas de allí, á sus mujeres, que hiciesen bien por sus almas porque ya eran muertos. Ellas dieron más crédito á sus palabras, que le habían dado sus maridos, y les dijeron muchas Misas, y cuando de allí á dos meses llegaron los mensajeros con las nuevas, las hallaron con el hábito de viudas, hechas las exequias, por lo que les había dicho el P. Almeida.

Haciéndose una obra en el colegio de Riojaneiro, un Hermano llamado Antonio Sanchez subió á una grua con que se subían las piedras, con menos cautela que debía, y estando en la rueda, que era grande, se desprendió la maroma y la rueda le voló al aire y dió abajo con el Hermano, que del golpe quedó casi muerto, sin sentido, herido en varias partes y echando sangre por la boca. Todos le lloraban por muerto, y más el enfermero, que era

el H. Juan Oliveira: visitóle el P. Almeida, dijóle un Evangelio, y púsole la mano sobre la cabeza, y consolando al enfermero dijo: «No se aflija que el enfermo no morirá de esta caída, ántes sanará enteramente por intercesion de S. Francisco Javier, como sanó el P. Marcelo Mastrillo:» y fué cosa admirable que, estando desahuciado de los médicos, mejoró y sanó en breve tiempo, recuperando la salud entera, como el Padre lo dijo, reconociendo todos que Dios hablaba por su boca y le comunicaba su divino espíritu para conocer y profetizar lo oculto y lo futuro.

Sea la última la que declaró á su Rector estando en el colegio de Riojaneiro, que viéndole muy gozoso y alborozado que parecia no cabia en sí mismo, deseó saber la causa de aquella desacostumbrada alegría, y el siervo de Dios con santa candidez le respondió: «¿No tengo de estar alegre, que me ha dicho Dios nuestro Señor que soy uno de los predestinados que le han de ver y gozar en la bienaventuranza? Mi gozo es tan crecido, que no me cabe en el pecho y broto por todos los miembros de mi cuerpo.» Y el Superior quedó tambien gozoso de su dicha, y le creyó por las prendas que tenia de ella en su santa vida y ejemplarísima religion.

Son tantas las profecias de este siervo del Señor, que no caben en tan corto volúmen como este, las cuales trae su Provincial el P. Simon de Vasconcelos en su vida: á muchos profetizó el estado que habian de tomar, á otros descubrió los pensamientos y deseos que tenian, á otros pronosticó su muerte y les avisó con tiempo para que se preparasen para ella, á otros la vida estando enfermos, y á no pocos las cosas que habian tratado muy secretas, que parece le habia dado Dios llave maestra para abrir las puertas de los corazones de todos, y que no hubiese para él cosa cerrada ni oculta, manifestándole todos sus secretos como á íntimo amigo, como á Abrahan y otros grandes siervos suyos.

## XI

### *El amor de Dios y del prójimo que tuvo el P. Juan de Almeida.*

De lo dicho se puede fácilmente colegir el fuego de amor divino que ardia continuamente en el corazón de este fiel siervo de Dios; pues ni de día ni de noche pensaba en otra cosa sino en Él, ni jamas hablaba sino de sus grandezas y excelencias y de lo que podía redundar en su loor; y, como decian todos los que le trataban, el santo Padre vivia con el cuerpo en la tierra y con el alma en el cielo, amando y alabando á Dios.

Jamas se le conoció aficion á cosa terrena, porque toda su alma y toda su voluntad tenia empleada en Dios, en quien vivia más que en sí, y á quien amaba más que á su vida, deseando perpetuamente emplearla en su servicio y morir mártir por su amor: y ya que no tuvo tirano que le martirizase, él se hizo tirano de sí mismo, inventando cada dia tantos linajes de rigurosas penitencias para atormentar su cuerpo por amor de Jesucristo, y por hacerse todo un retrato vivo de su Pasion: el fuego que ardia en su pecho arrojaba llamas al rostro de manera que muchas veces le vieron encendido y sonroseado con notable ardor, otras veces brotar sangre por las mejillas, otras prorrumpir en gemidos, voces y lamentos exteriores, sin poderlos reprimir por la grande fuerza del amor divino que ardia en su corazón, y todo cuanto hacia y padecia le parecia poco y nada por lo mucho que deseaba hacer en servicio de Dios, á quien tanto amaba.

Y á semejanza de este fuego sagrado era el del amor que tenia á sus prójimos, deseando su salvacion como la suya propia, sin perdonar á trabajo ni desvelo, ni á traza ni á cuidado por conseguirla, poniendo, como puso, muchas veces la vida por el bien espiritual de sus prójimos, y dejando muchos ejemplos que están repartidos por el discurso de su vida.

Sea testigo de esta verdad lo que le sucedió llamándole para confesar un esclavo enfermo, que estaba en la aldea de S. Francisco Javier, catorce leguas de Riojaneiro, mar en medio: salió con su compañero á buscar embarcacion y no la halló, porque los indios habian ido á sus pescas y rozas y las habian llevado todas; sólo halló el siervo de Dios una como barquilla que habian hecho de palillos unos niños para andar por la orilla: y aunque era tan débil, que apenas podria sufrir dos muchachos sin hundirse, venciendo el celo de salvar aquel alma la dificultad y el temor, subió en ella y con él su compañero y un indio que la guiase y moviese con los remos; pero á pocos pasos se abrió la barca por medio y los tres dieron en el agua. Pero era mayor su fuego, porque ni á esta dificultad se venció; pudiendo fácilmente volver á tierra por hallarse cerca de la ribera, no lo hizo, sino ordenó al indio que fuese nadando por el mar, y tirando con un cordel de los dos pedazos de la barca, en los cuales fueron sustentándose, aunque con mucho trabajo, él y su compañero, y de esta manera pasaron aquel brazo de mar y llegaron á la aldea á sacramentar al esclavo, arriesgando de buena gana su vida por bien de aquella alma.

Otro caso le sucedió, aunque no de tanto riesgo, pero es indicio del celo que ardia en su pecho de la salvacion de las almas y servicio de Dios.

Andando en una mision, se aposentó en casa de un clérigo, y habiéndose recogido en su aposento, sintió que el Sacerdote vencido de su flaqueza soli-